

En efecto, de lo que hay que hablar es de las curiosas y exquisitas miniaturas de este escritor, que no por azar experimentó en sus mocedades con la poesía concreta para establecerse como artesano del micro-relato y el periodismo sarcástico. Se ha señalado como sus fuentes a los referentes de la *short story* anglosajona (sobre todo Ernest Hemingway), forma expresiva que caló tan hondo en el ámbito germano parlante de la posguerra, pero más allá de esa obvia referencia generacional —que también se aplica al malogrado Wolfgang Borchert y al joven Heinrich Böll— en Bichsel se detecta la subyacente presencia de un compatriota singular: Robert Walser, nada menos. Y de hecho así es cómo Martí-Peña nos lo presenta: como un “maestro de la ‘prosa breve’” que “está lejos de ser un poeta épico y muy cerca de ser un poeta” (p. 23). Lo cual no quiere decir, sin embargo, una renuncia a la crítica (que cierta tendencia asimilaría muy fácilmente a lo “épico”), sino todo lo contrario, pues como la propia autora se encarga muy bien de demostrarlo, este escritor suizo se vale de las formas breves no para sumirse en un lirismo autorreferencial, sino para comentar la cotidianeidad, e incluso —y más de una vez— para comentar cómo se comenta esa realidad cotidiana, jugando con la ironía metanarrativa. El estudio introductorio recoge pequeñas gemas de esa obra, analizándolas en detalle, y la segunda parte las confirma con ejemplos paradigmáticos (a Bichsel ciertamente no lo daña la acción de una selección de fragmentos, dada la brevedad esencial de sus piezas).

Y aunque el aspecto periodístico de su producción pueda resultar menos interesante para quienes no tienen un interés especial por la vida social de la confederación helvética o la política continental europea, el volumen tampoco descuida esa faceta, ofreciendo no sólo consideraciones teóricas y estilísticas sobre la publicística de Bichsel, sino también ilustraciones concretas de sus intervenciones. “Rotundo y crítico en su formulación, nunca es sarcástico o hiriente” (p. 50) se dice a propósito de su rol en la opinión pública: una caracterización que sin dudas condice con su retrato como narrador.

Marcelo G. BURELLO

MEYZAUD, Maud: *Die stumme Souveranität Volk und Revolution bei Georg Büchner und Jules Michelet*. München: Wilhelm Fink 2012. 455 pp.

A finales del siglo XVII, y con los procesos revolucionarios americano y francés, el pueblo, hasta entonces entendido bien como parte de la sociedad, bien como un todo, se convierte en una unidad indivisible y dotada de voluntad general que pasa a ejercer el papel de soberano. Pero también será en el “teatro de la Revolución” donde se ponga en escena la amenaza de la división del pueblo resultante de las luchas de poder de las diversas clases y partidos que lo integran. Así pues, los diferentes discursos que persiguen volver a convertirlo en un todo tienen una importancia y efecto capitales en el destino histórico del mismo, suscitando la cuestión acerca de quién, desde qué posición, con qué autoridad y mediante qué procesos de legitimación habla (y escribe) en nombre del pueblo. Más aún: ¿cómo habla el pueblo? ¿Sigue hablando el pueblo cuando se habla en su nombre? ¿La

representación del pueblo vuelve visible al nuevo soberano o más bien lo invisibiliza? Estas son algunas de las preguntas a las que busca dar respuesta Maud Meyzaud en este estudio, dedicado al análisis de la obra del historiador romántico francés Jules Michelet (1798-1874) y del revolucionario, escritor y médico alemán Georg Büchner (1813-1837).

A primera vista puede resultar, cuanto menos curioso, estudiar los discursos sobre el pueblo no a la luz de textos teóricos, sino literarios. Es por ello que la autora señala ya en la introducción que su objetivo, al menos en un primer momento, no es trabajar con teorías políticas, sino encontrar “[die] Figuration und [die] Konfigurationen des Volkes in literarischen Texten der ersten Hälfte des 19. Jahrhunderts, die ausdrücklich vom revolutionären Volk ausgehen und die Französische Revolution als jenes Geschichtsereignis verstehen, das als Vergangenes die Gegenwart nach wie vor steuert oder mitbestimmt”. Según Meyzaud, sólo se puede intentar definir el concepto de “pueblo” sabiendo que se trata de un constructo verbal, (re)creado de manera performativa (y en ningún caso neutral) mediante actos de habla que atienden a procesos de exclusión o de inclusión. Teniendo en cuenta esto, tanto Michelet como Büchner resultan particularmente adecuados para este fin, ya que sus textos reflejan no sólo el carácter medial de su pensamiento acerca del pueblo (el primero presta su voz al pueblo en sus obras historiográficas, mientras que el segundo, al servirse del género dramático, resalta el carácter en cierto modo “teatral” de la construcción del concepto), sino también la ambivalente opinión que a ambos autores, al igual que a muchos otros intelectuales europeos de su época, les merecía la Revolución francesa: una promesa y un fracaso.

Precisamente para dar cabal cuenta de ambos aspectos, la autora divide su libro en dos partes: la primera, titulada “Religion des Volkes”, se ocupa de las figuraciones del pueblo soberano que surgen de unos textos (la *Histoire de la Révolution française* y el planfleto *Der Hessische Landbote*, de Michelet y Büchner (y Friedrich Ludwig Weidig), respectivamente) que buscan ejercer una determinada influencia sobre la realidad; la segunda, “Poetologien des Scheiterns”, analiza las estrategias narrativas, teatrales y poetológicas que emplean ambos autores (a los que Meyzaud suma, en una fructífera conversación, al Marx de *Der achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte*) para descubrir las razones del fracaso de la Revolución.

El primero de los capítulos, titulado “Revolutionsfest und Fest des Krieges”, analiza las diferentes formas en las que se configura el “pueblo” en la historia de la Revolución francesa de Michelet. Publicado a lo largo de las décadas de 1840 y 1850, se trata de un texto escrito con la manifiesta intención de servir de “evangelio” para la Francia republicana. En él, el historiador presenta el mito fundacional de la “Fiesta de la Revolución”, que sienta las bases para establecer las fronteras (hacia el exterior y el interior) de la comunidad: para Michelet, la revolución ha dejado monumento (el Campo de Marte en París), que se halla vacío y su misión es “llenarlo” utilizando y sacralizando conceptos como *peuple*, *France*, *nation*, *patrie*. Así, mediante una “reactivación de lo religioso” (profecía de Ezequiel, topos de la resurrección) y el empleo de recursos estéticos, literarios e iconográficos (metáforas de la fertilidad y de la luz, imágenes de armonía, fiesta de la natura-

leza) el poder del pueblo consigue su unidad. Pero Michelet va más allá, pues ha de justificar las guerras revolucionarias llevadas a cabo por Francia. Ésta, que ha nacido en el “acto de amor” de la fiesta del pueblo, encuentra en la lucha contra el enemigo un marco imaginario en el que constituirse como sujeto. Así pues, las guerras, producto natural de la revolución, tienen como objetivo que Francia, convertida en patria universal, expanda por todo el mundo no sólo los fundamentos de la nación (libertad, igualdad y derechos humanos), sino también la (secularizada) religión del amor.

El segundo capítulo, “*Es schreibt das Volk*”, continúa el análisis de la obra de Michelet, pero se centra fundamentalmente en una conferencia en el Collège de France y en el pequeño tratado *Le Peuple*. Meyzaud estudia cómo Michelet piensa en el pueblo como “voz” que, debido a la penuria en la que éste vive, está callada. El historiador, “sumo sacerdote de la historia” ha de encontrar la lengua del pueblo reconciliado, del pueblo como sinónimo de una sociedad unida, pero, ya que nadie puede arrogarse el derecho de hablar en su nombre o de ilustrar al pueblo para que puede manifestarse su misión ha de ser otra bien distinta: al ser un privilegiado (está libre de las miserias del trabajo y la pobreza y posee tiempo libre y conocimiento) su obligación es “escuchar” la voz del pueblo, que no es tanto un lamento por las penas físicas, como la voz de un pensamiento mudo en la que todavía se puede percibir una voluntad y un afán. Aquel que la perciba ha de ver en ella una llamada a la acción y a la unidad. El Michelet más romántico, obviando movimientos y prácticas sociales del momento que pretendían alcanzar una mayor representatividad y justicia (literatura escrita por trabajadores, emancipación de las mujeres, votaciones...), se estiliza a sí mismo como “pueblo” mediante un relato autobiográfico, haciendo que sus libros aparezcan como “escritos a mano” por el propio pueblo. De este modo, a través de ellos la burguesía podría contemplar el “verdadero” rostro del pueblo y avanzar hacia la reconciliación de clases.

Tras dos capítulos dedicados a Michelet, Meyzaud aborda en el tercero, “*Der Staat als Parasit: Anatomie des Großherzogtums Hessen*”, el *Hessischer Landbote* que Büchner escribiera en 1834 con el objetivo de acercarse, teniendo en cuenta tanto sus necesidades como preocupaciones y hablándole en una lengua adecuada, a la gran masa campesina y, así, ganarla para la causa revolucionaria. El joven estudiante de medicina se sirve no sólo del ideario bíblico y escatológico y de una serie de imágenes cristológicas, sino también de estadísticas sobre impuestos para combinar la herencia del pensamiento cristiano con un mensaje ilustrado y emancipador. La autora sitúa el texto de Büchner en la tradición alemana de panfletos que, combinando la cultura bíblica con el medio escrito del idioma alemán, persiguen la unidad nacional para determinados fines políticos (en este caso para combatir el dispositivo teológico-político de la soberanía principesca). Apelando a la narrativa de una unidad originaria actualmente perdida y sirviéndose del concepto paulino de resurrección, el *Landbote* llama a la unión del pueblo (entendido como el conjunto de los pobres y de los súbditos sometidos) en un estado-nación moderno. Esta resurrección del cuerpo político sólo puede llevarse a cabo si el pueblo

extirpa de su seno al Estado-parásito que lo sangra mediante una elevada carga impositiva o le corta la cabeza al príncipe en el que aquél se encarna.

La segunda parte del trabajo de Meyzaud comienza con el capítulo “Das Fleisch des Volkes. Prostitution als Politikum”. En él realiza una lectura muy pormenorizada de la segunda escena del primer acto del drama *Dantons Tod*, de Büchner para mostrar cómo en ella se representa *in nuce* el surgimiento del Terror. La Revolución no ha traído consigo la emancipación que su ideario prometía, sino que ha establecido la prostitución, en sentido literal y metafórico, de las clases populares por parte de la burguesía, con lo que su fracaso queda inscrito directamente en la carne del pueblo. De este modo ha vuelto a producirse una división en el cuerpo del pueblo y la igualdad política y social dejan de tener a la soberanía como garante. El pueblo soberano, pues, ha de ser reformulado como sujeto de la venganza y esto es aprovechado por los jacobinos que, al convertir el goce vengativo en el principal contenido de la política, consiguen salvar la vinculación entre el pueblo y sus representantes. Para ello sólo necesitan encontrar un enemigo interior, cuyo sacrificio en la ceremonia caníbal de la guillotina dé satisfacción al pueblo, y nadie mejor para encarnarlo que Danton y sus seguidores: por su trato con prostitutas y su programa político basado en la búsqueda de la felicidad, encarnan la enfermedad moral que infecta al cuerpo del pueblo. La persecución del enemigo del pueblo y el establecimiento de un régimen de vigilancia y terror sirven, pues, para salvaguardar la unidad y poder dejar sin respuesta la pregunta de por qué las clases bajas no sólo no reciben un mejor trato que en el Antiguo Régimen, sino que han pasado a ser explotadas por la burguesía.

Bajo el título “Büchner zitiert Livius”, el capítulo quinto retoma el análisis de la escena de *Dantons Tod* anteriormente tratada. En esta ocasión, Meyzaud demuestra cómo Büchner utiliza algunos relatos fundacionales contenidos en *Ab urbe condita* de Tito Livio, haciendo que, en su recreación teatral, éstas muestren los problemas que en la modernidad se relacionan con el pueblo y la fundación de una comunidad. Las historias de Lucrecia y Virginia representan respectivamente el nacimiento de la república romana y el fin de la dictadura de los decemvros, y en ambos casos, el cuerpo femenino y la violencia ejercida sobre él tienen su correlato político en la ciudad como cuerpo colectivo y la injusticia política. Büchner, al citarlas a través del personaje del apuntador Simon, parece sugerir que las leyendas de la Antigüedad hacia las que se orienta la revolución tienen más efectos de los que de ellas se espera (o desea), como, por ejemplo, evocar la virtud romana, totalmente ausente en el escenario que nos ocupa. Más aún: las citas abren una dimensión irónica ya que, mientras la sangre derramada de ambas mujeres era señal de la crueldad de los profanadores del pueblo y la exposición de sus cadáveres conducían a la revuelta, en la obra de Büchner la sangre y la exhibición de las víctimas de la guillotina cumplían precisamente la función de evitar acciones levantiscas. Pero mayor importancia reviste el paralelismo entre la fábula de Agripa Menenio y el discurso que Robespierre dirige al pueblo en esta escena: en ambos se apela a la metáfora corporal para crear la unión social. Sin embargo, queda recogida una vez más la diferencia con respecto al modelo antiguo, ya que si el romano seña-

laba la necesidad de evitar las conjuras, el jacobino advierte de que éstas ya han infectado al cuerpo político. De este modo, Meyzaud reconstruye a partir del discurso del Robespierre büchneriano la génesis del enemigo interior.

En el siguiente capítulo, “Die Wiederholung der Geschichte (Marx)”, la autora continúa analizando las implicaciones de la “cita” (o la “necesidad de citar”) en el contexto de un proceso revolucionario que necesita recurrir a algún tipo de narración fundacional para legitimarse. Si en Büchner las referencias a Tito Livio mostraban que el “vestuario” romano revelaba el fracaso de la revolución, Marx, al estudiar cómo la revolución de 1848 “imita” a la de 1789 y no es capaz de “introducir en el mundo algo ‘nuevo’”, intenta descubrir una analogía entre la acción histórica y la adquisición del lenguaje que permita imaginar un futuro libre de la poética de la repetición. Basándose en *Spectres de Marx* de Derrida, Meyzaud lee la “cita” en Marx como la intuición de que a la historia subyace algo “espectral” que posibilita la repetición entendida como posibilidad de lo mismo, pero también como posibilidad de la diferencia. Mientras que el espíritu (*Geist*) de la revolución de 1789 se habría servido de la cita de la Antigüedad para escenificar la creación de lo nuevo, los años de 1848 a 1851, imitando de manera alucinatoria algo que a su vez ya era imitación, no le habrían sino contrapuesto su espectro (*Gespenst*). Pero Marx, al entender la historia como un proceso de aprendizaje, es capaz de encontrar una salida a esta cadena de repeticiones: usando la analogía del aprendizaje de una lengua y de la traducción (y precisamente la ausencia de una “lengua común” fue una de las razones del fracaso de 1848), la repetición mimética es considerada imprescindible en el proceso histórico único de las revoluciones, cuyo *telos* y fin último sería, precisamente, liberarse de lo mimético.

En el capítulo titulado “Es lebe der König im Namen der Republik”, la reflexión de Meyzaud retorna a *Dantons Tod* y a la problemática de la “cita” para estudiar, mediante la diferenciación teórica entre *Zitierbarkeit* y *Zitierfähigkeit*, la cuestión de qué lengua se corresponde con el referente “pueblo”, cuyo nombre es el garante del nuevo orden y, al mismo tiempo, nombra a aquellos que carecen de nombre. Los jacobinos no aspiran a poseer el poder, sino que creen ser los portavoces del pueblo y, por lo tanto, ejercer *el* poder del pueblo. Además, al emplear al pueblo en tanto poder de la calle como nombre para la trascendencia y identificarse de este modo con los sans-culottes, el Terror sería el teatro en el que los jacobinos ocuparían el lugar del apuntador, mientras que el pueblo sería a la vez autor, actor y público. De este modo, el partido de Robespierre y sus compañeros, en vez de estar dándole al pueblo su propia voz, en realidad le estarían quitando la posibilidad de hablar en su propio nombre. En cambio, el mismo *Dantons Tod* sería una reacción literaria y poetológica a esta política del “nombre apuntado” y sustraído, ya que, en tanto drama, carecería de una lengua propia y estaría construido mediante un “hablar citando”. La frase final del personaje de Lucile, la esposa de Camille Desmoulins, sería un ejemplo supremo de esta lógica: su “Es lebe der König!”, debido al contexto en el que es pronunciada, no sería sino una doble, triple cita que, fundida con el “Im Namen der Republik!” que la sigue inmediatamente,

apela a la soberanía de la muerte (la guillotina), a la que quedan sometidas, en última instancia, tanto monarquía como república.

El octavo y último capítulo del libro, “Revolution und Verschwörung”, recapitula y fusiona algunos de los temas que han ido apareciendo a lo largo de los diferentes análisis y tiene como principal objeto de estudio la conjuración. La guerra civil determina la lógica que convierte la promesa de la emancipación de la humanidad en el infierno del Terror: el contrato social se transforma en el juramento que prestan los revolucionarios contra los supuestos conjurados, y que, al convertir la revolución en una “contraconjura”, se revela como el único medio posible para (re)crear al pueblo, una vez más, como una figura unitaria. Meyzaud analiza no sólo el drama de Büchner sino también los discursos reales de Robespierre y Saint-Just para estudiar cómo el enemigo interior pasa a ocupar el puesto que antes le correspondía al rey. Centrándose de nuevo en Michelet, la autora muestra cómo su relato hace de los jacobinos aquella fuerza que supo sacar rédito político del miedo revolucionario a las fuerzas del Antiguo Régimen, puesto que fueron capaces de traducir el exorcismo del pasado en una conjuración del tiempo contra los vivos.

El completo y denso libro de Maud Meyzaud es, sin lugar a dudas, un trabajo que hay que celebrar. Destacan su solidez intelectual a la hora de abordar un tema difícil e interesante (siempre que tiene ocasión no duda en extraer conclusiones relacionadas con la actualidad y en señalar la pervivencia de las problemáticas tratadas) y su capacidad para combinar con maestría las más diversas herramientas teóricas: desde la ciencia política (Claude Lefort, Antonio Negri) a la filosofía (Jacques Derrida, Philippe Lacoue-Labarthe, Jean-Luc Nancy, Jacques Rancière), pasando por la retórica, la teoría del teatro y los estudios culturales. Es preciso alabar también el estilo ameno y claro en el que está escrito, y que facilita la comprensión, haciendo que el lector pueda seguir en todo momento el hilo de una argumentación no siempre sencilla. Se trata, en definitiva, de una lectura en sumo grado atractiva para todos aquellos interesados en la relación de la literatura con la política, la historia y la filosofía.

Santiago SANJURJO DÍAZ

NYADA, Germain: *Kindheit, Autobiographik und Interkulturalität: Ein Beitrag zur sprachübergreifenden und (kon-)textorientierten Literaturtheorie*. Berlin: Lit Verlag 2010. 259 S.

Der zurzeit an der Concordia University (Montreal/ Kanada) tätige Kameruner Germanist liefert uns einen der wichtigsten literaturtheoretischen Beiträge zur Gegenwartsdiskussion über das Thema „Kindheit, Autobiographik und Interkulturalität“. Anders als seine Vorgänger ambitioniert Nyada einen Vergleich von Literaturen, welche die dem Titel innewohnende thematische Trias einbezieht. Wenn es deutlich wird, dass der Beitrag im Rahmen eines sprachübergreifenden und (kon-)textorientierten Literaturtheorie gedacht wird, so fällt auf, dass sein Autor theoretische Überlegungen den Werkanalysen voranstellt, um seinen methodologi-